

JANE AUSTEN

ORGULLO Y
PREJUICIO

Traducción de Ana Mata Buil



EDICIONES  INVISIBLES



CAPÍTULO I



Todo el mundo reconoce esta verdad: un hombre soltero con una gran fortuna sin duda debe desear esposa.

Por poco que se conozcan los sentimientos o las opiniones de ese hombre al incorporarse a un vecindario, dicha verdad está tan asentada en la mente de las familias que allí viven, que lo consideran una propiedad de pleno derecho de alguna de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo su mujer un día—, ¿se ha enterado de que por fin han alquilado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que no.

—Pero es cierto —insistió ella—, porque la señora Long acaba de pasar y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no contestó.

—¿No le gustaría saber quién ha arrendado la casa? —preguntó su esposa con impaciencia.

—Digamos que a usted le gustaría contármelo y yo no tengo inconveniente en oírlo.

Con esa invitación le bastó.

—En fin, querido mío, pues dice la señora Long que quien ha alquilado Netherfield es un joven de gran fortuna que procede del norte de Inglaterra; que llegó el lunes en un carruaje de cuatro caballos para ver el lugar y que lo cautivó tanto que apalabró el alquiler con el señor Morris de inmediato; dice que va a instalarse antes de la fiesta de San Miguel y que algunos de sus criados irán a la casa a finales de la semana que viene.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está soltero o casado?

—¡Ay! ¡Soltero, cariño mío, sin duda! Un hombre soltero de gran fortuna; cuatro o cinco mil al año. ¡Qué maravilla para nuestras hijas!

—¿Por qué lo dice? ¿En qué puede afectarlas?

—Mi querido señor Bennet —respondió su esposa—, ¡qué agotador es a veces! No le oculto que estoy pensando en que pueda casarse con una de ellas.

—¿El joven se muda aquí con ese propósito?

—¡Propósito! ¡Bobadas! ¡Qué ocurrencias tiene! Pero es muy probable que pueda enamorarse de una de nuestras niñas, y por eso debe ir usted a verlo en cuanto llegue.

—No veo la razón. Puede ir usted con las niñas, o puede mandarlas solas, cosa que quizá sería aún mejor, porque es tan hermosa, querida mía, como cualquiera de ellas, de modo que el señor Bingley podría elegirla a usted...

—Ay, querido mío, me halaga. Es innegable que he tenido mi ración de belleza, pero no me engaño pensando que todavía sea extraordinaria. Cuando una mujer cuenta con cinco hijas crecidas, le conviene dejar de pensar en su propia hermosura.

—En esos casos, lo normal es que una mujer no tenga mucha hermosura en la que pensar.

—Pero, querido mío, insisto en que vaya a ver al señor Bingley cuando se mude al vecindario.

—No me apetece en absoluto, se lo aseguro.

—Piense en sus hijas. Ay, sí, piense en el buen partido que sería para una de ellas. Sir William y lady Lucas tienen intención de ir, justo por ese motivo, pues ya sabe que casi nunca visitan a los recién llegados. Desde luego que debe ir, porque de lo contrario, a nosotras nos será imposible ir a visitarlo.

—No sea tan escrupulosa, por favor. Me atrevería a decir que el señor Bingley estará encantado de verlas; le escribiré unas líneas para que se las dé en las que le asegure que doy mi consentimiento más sincero a

que se case con la que elija de nuestras hijas, sea la que sea; aunque me gustaría romper una lanza en favor de mi pequeña Lizzy.

—Le pido que no lo haga, Lizzy no es en absoluto mejor que las otras; y en mi opinión, no es más guapa que Jane, ni la mitad de simpática que Lydia. Aun así, siempre muestra usted preferencia por ella.

—Ninguna tiene muchas virtudes que recomendar —respondió el señor Bennet—. Son todas tontorronas e ignorantes, igual que otras chicas; pero Lizzy tiene más astucia que sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo se le ocurre criticar así a sus propias hijas? Parece que disfrute irritándome. No tiene compasión de mis pobres nervios.

—Me malinterpreta, querida mía. Respeto muchísimo sus nervios. Somos amigos de toda la vida. Llevo por lo menos veinte años oyéndola hablar de ellos con consideración.

—¡Ay! No sabe cuánto sufro.

—Pero confío en que se recupere y viva para ver muchos jóvenes con cuatro mil al año mudándose al vecindario.

—De nada nos servirá que se presenten veinte, si no se digna usted a ir a verlos.

—No se preocupe, querida mía. Cuando lleguen a la veintena, iré a verlos a todos a la vez.

El señor Bennet era una mezcla tan curiosa de agilidad mental, humor sarcástico, reserva y antojo que la experiencia de los veintitrés años juntos no había sido suficiente para que su esposa comprendiese su carácter. La mente de ella, en cambio, no era tan difícil de comprender. Era una mujer corta de entendederas, con poca cultura y un temperamento voluble. Cuando se disgustaba, alegaba que estaba nerviosa. El objetivo de su vida era casar a sus hijas; su diversión era hacer visitas y enterarse de las novedades.